

A close-up portrait of Greta Thunberg, looking directly at the camera with a serious expression. Her hair is pulled back, and she has a slight frown. The background is dark and out of focus.

**CAROLA RACKETE**

**ES HORA DE ACTUAR**

**UN LLAMAMIENTO PARA COMBATIR  
LA CATÁSTROFE CLIMÁTICA**

PAIDÓS

**CAROLA RACKETE**  
con la colaboración de **ANNE WEISS**

# **ES HORA DE ACTUAR**

---

Un llamamiento para combatir  
la catástrofe climática

Traducción de María José Viejo

Título original: *Handeln statt hoffen*, de Carola Rackete  
Publicado originalmente en alemán por Droemer Verlag, un sello editorial  
de Verlagsgruppe Droemer Knauer GmbH & Co. KG, Múnich

1.<sup>a</sup> edición, febrero de 2020

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Droemer Verlag, 2019  
© de la traducción, María José Viejo Pérez, 2020  
© de todas las ediciones en castellano,  
Editorial Planeta, S. A., 2020  
Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona, España  
[www.paidos.com](http://www.paidos.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN 978-84-493-3675-1  
Fotocomposición: Pleca digital, S. L. U.  
Depósito legal: B. 746-2020  
Impresión y encuadernación en Liberdúplex, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Impreso en España – *Printed in Spain*

# SUMARIO

<i>Prólogo, por Hindou Oumarou Ibrahim</i> . . . . .	11
1. No esperemos más. . . . .	17
2. Un imperativo humanitario . . . . .	51
3. ¿La última generación? . . . . .	81
4. Cuestionando el sistema . . . . .	113
5. Pongámonos en marcha . . . . .	149
<i>Agradecimientos</i> . . . . .	177
<i>Bibliografía y páginas web</i> . . . . .	179

# CAPÍTULO 1

---

## No esperemos más

Son poco más de las doce del mediodía y seguimos sin movernos. La barandilla de la escalera que lleva al puente de mando está tan caliente como una tubería de calefacción. Subo los escalones de dos en dos y al llegar arriba me detengo un instante. Tengo la piel cubierta por una fina película de sudor. No sopla ni una gota de brisa, el aire está en calma. Lo que sucede es que hace demasiado calor para andar moviéndose de acá para allá. Estamos viviendo el mes más caluroso desde que se tienen registros climáticos. Hoy es viernes 28 de junio de 2019, y hace ya veinte días que salimos del puerto siciliano de Licata en una operación de salvamento. No llevábamos más que cuatro días navegando cuando rescatamos a 53 personas de una frágil balsa que avistamos a unas 50 millas náuticas de la costa libia, cargada con hombres, mujeres embarazadas y menores de edad, entre ellos dos niños de pocos años. El servicio italiano de guardacostas se ha llevado a los heridos y a los que sufrían alguna enfermedad grave. Quedan todavía cuarenta naufragos en el barco, y todos están débiles y bastante desanimados.

Ahora estamos esperando a que alguien nos diga qué van a hacer con ellos.

Pero a nosotros se nos está acabando el tiempo.

Cada minuto que pasa corremos el riesgo de que alguno de ellos enferme de gravedad y fallezca.

Tenemos a la vista la isla de Lampedusa, que centellea ante nosotros como una larga y delgada banda de luces. Es uno de los puntos más meridionales de Europa y, en estos momentos, para nosotros, el puerto seguro más cercano. El aire cargado de calima relampaguea sobre las aguas. Si nos lo permitieran, podríamos llegar al puerto en poco más de una hora. Pero, como no tenemos autorización, seguimos aquí parados, esperando a que los Estados europeos encuentren una solución. Echo un vistazo a la cubierta de los botes, donde están las lanchas colgadas de las grúas, y a la cubierta principal, un poco más allá. Hemos colgado unas lonas para que hagan de toldo, bajo las cuales yacen todas las personas que hemos salvado.

Nuestro buque no está preparado para acoger a los rescatados durante mucho tiempo. Solo dispone de tres baños, el agua potable se puede obtener depurando las aguas marinas, pero es un proceso que lleva bastante tiempo, y el tanque que llenamos en el puerto no alcanza para que tantas personas puedan ducharse y lavar la ropa, así que solo pueden hacerlo en muy contadas ocasiones. Y quienes duermen en la cubierta de los botes no tienen más que una manta. Cómodos no están, desde luego: o bien se acuestan y por la noche se quedan helados, o bien se tapan hasta la cabeza y al rato sienten dolores en aquellas partes del cuerpo que

quedan un tanto levantadas del suelo, cubierto por completo con unas esterillas negras de PVC.

A nuestro alrededor el mar centellea y las olas rompen contra el casco del barco. El *Sea Watch 3* es un viejo buque de abastecimiento de plataformas *offshore* que en la década de 1970 era utilizado por la industria petrolera, luego pasó a manos de Médicos Sin Fronteras, que lo usó en operaciones de salvamento, y posteriormente lo adquirió Sea Watch con donativos de sus simpatizantes. En suma, un buque grande que necesita mucho mantenimiento.

Hace su servicio, desde luego, pero a mí no me gusta demasiado.

Lo cierto es que no tendría que estar aquí. Este año no tenía previsto embarcarme en ninguna «misión» (así es como nosotros llamamos a las operaciones de rescate). He pasado algunos años en el mar, fundamentalmente como capitán o primer oficial de grandes buques oceanográficos de las zonas polares, y también con Greenpeace; luego hice un máster en conservación medioambiental y, cuando lo terminé, quería concentrarme en la protección del medio ambiente. No he sido nunca una apasionada de la navegación, la verdad; después de haberle dedicado unos cuantos años a mi profesión, me pareció que era más importante la preservación de nuestra biosfera y quise dedicarme por entero a ello. Pero mis conocimientos náuticos me vinieron muy bien cuando empecé a colaborar con Sea Watch y otras organizaciones de salvamento haciendo algo que yo considero esencial: salvar vidas.

Un día, me llegó un correo electrónico avisándome de

que el capitán de una operación de rescate, que debía iniciarse en los próximos días, había caído enfermo. En aquel entonces, yo estaba desarrollando un programa de protección medioambiental en Escocia, en el que ya llevaba un tiempo participando como trabajadora en prácticas. Lo que hacíamos, básicamente, era recopilar datos sobre mariposas, acondicionar los senderos, y, cuando caían lluvias torrenciales, encerrarnos en el invernadero y trasplantar pinos silvestres durante tres días.

Allí el paisaje es muy hermoso: montañas de escarpadas laderas y coronadas por una oscura capucha musgosa. El olor de las praderas mojadas se combina con la fragancia de unas delicadas florecillas y la resina de las coníferas. Por las noches se oyen los graznidos de los colimbos chicos sobre el mar envuelto en niebla como si se estuvieran llamando entre ellos. El aire está tan claro, tan cargado de aromas, que me encantaría pasarme el día entero en la naturaleza.

En fin, que no quería marcharme. Pero aquel mensaje iba destinado a todos los que estábamos en la lista de contactos para casos de urgencia. En esta lista se encuentran todos los que podrían sustituir a algún miembro de la tripulación que pidiera repentinamente la baja. Es fácil encontrar voluntarios para puestos no cualificados, pero resulta mucho más complicado encontrar personal especializado para el manejo del barco o para la prestación de atención médica, porque no hay tantas personas que puedan realizar estas tareas.

Mi intuición me decía que no iba a ser nada fácil encontrar a un sustituto en tan poco tiempo. Y cuando hablé por teléfono con el jefe de operaciones, este me confesó que no

tenían a nadie que pudiera hacerse cargo de la embarcación. Si no lo hacía yo, el buque no podría zarpar, pese a contar con la tripulación necesaria. De modo que asumí mi responsabilidad y preparé mis bártulos.

Por eso estoy ahora aquí, en pleno verano, con el barco anclado en la Europa meridional. Por encima del chapoteo de las olas no oigo más que algún retazo de conversación de cuando en cuando; si no, reina el silencio. He vuelto a repasar con la tripulación todo lo que podemos hacer, y también con el equipo de Sea Watch que está en tierra, donde tenemos un montón de voluntarios y un puñado de empleados que trabajan básicamente desde Berlín, aunque también contamos con apoyos en Ámsterdam, Roma, Bruselas y en otras ciudades. Este es el equipo que se ocupa de la logística, de los medios y de la comunicación interna, así como del asesoramiento jurídico y de las tareas políticas. Están en contacto con otras organizaciones y con actores políticos, y nos proporcionan información y asesoramiento sobre lo que va sucediendo.

Llevamos dos semanas atrapados en aguas internacionales. A través de nuestra inestable red de internet he enviado un correo a los organismos competentes de Roma y La Valeta pidiéndoles apoyo, y he escrito, asimismo, a la oficina central de los guardacostas de Den Helder, porque el *Sea Watch 3* lleva bandera holandesa. Valiéndonos de la intermediación del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, hemos requerido también la ayuda de España y Francia.

Han subido al barco varios miembros de la Guardia Costera. Y luego ha venido la Guardia di Finanza, la policía

aduanera y fiscal que depende del Ministerio de Economía y Finanzas italiano.

Ahora debemos esperar.

Porque ellos no tienen ninguna solución para nuestro caso.

Nada. No ha pasado absolutamente nada.

Y a nosotros se nos agotan las posibilidades. Cada vez resulta más difícil garantizar la seguridad en nuestra embarcación. La gente necesita urgentemente atención médica. Una de las mujeres rescatadas le ha confesado a nuestra doctora que está tan desesperada que a veces piensa en suicidarse. También le ha dicho que se siente más segura cuando tiene a alguien a su lado.

Pero no estamos en condiciones de proporcionar lo que necesita. Nuestra tripulación está formada por algo más de veinte personas, entre las cuales hay ingenieros y personal técnico-marítimo, como yo misma, pero también especialistas médicos y la tripulación de las lanchas rápidas. La mayoría son voluntarios que trabajan aquí en su tiempo libre, como Oscar, un estudiante de Derecho que está a punto de graduarse. Solo hay tres personas contratadas por Sea Watch, aunque algunas llevan ya mucho tiempo colaborando con nuestra oenegé, como por ejemplo Lorenz, que se encarga de cuidar a nuestros pasajeros. Todos están integrados en nuestra planificación de los turnos, pues tenemos que ocuparnos en todo momento de los rescatados, cosa que se vuelve más difícil cada día, a medida que aumenta la incertidumbre y

que se prolonga su estancia en unas condiciones tan precarias.

Así es que hace dos días declaré el estado de emergencia y me adentré en aguas italianas sin la debida autorización. La Guardia di Finanza nos hizo detenernos, tomó los datos de la tripulación y revisó la documentación del barco. Según ellos, pronto se encontrará una solución política a nuestra situación, y, mientras tanto, debemos mantenernos a la espera.

Y, dicho esto, se volvieron a marchar.

Ayer, en vista de nuestra difícil situación, volví a pedir que nos dejaran atracar en el puerto. Y, una vez más, las patrullas de las autoridades italianas nos detuvieron.

«La solución es inminente», dijeron.

Llegó entonces un barco con periodistas y unos cuantos diputados.

Un montón de cámaras.

Un montón de llamadas telefónicas.

Y ni una sola solución.

Hoy nos ha llegado un mensaje de la Fiscalía italiana en el que nos comunica que se ha abierto una investigación contra mí por favorecer la inmigración ilegal. Aunque pueda parecer extraño, es nuestro primer rayo de esperanza desde hace mucho tiempo. En nuestra última misión, realizada en mayo, la investigación iniciada por la Fiscalía había supuesto el embargo del buque. Si ahora se diera esa orden, la Fiscalía tendría que asumir la responsabilidad de las personas que llevamos a bordo, y estas podrán al fin desembarcar.

Eso es justamente lo que estamos esperando hoy.

Me llevo la mano a la frente para hacerme sombra y dirijo la vista al muelle. Veo barcas de pescadores por todas partes y algunos yates saliendo del puerto. Si no estuviéramos pasando por esta terrible situación, en este momento estaríamos dándonos un chapuzón. Pero por ahora tenemos que permanecer en el barco, asándonos de calor.

Según me cuentan más adelante, en estos días han llegado a Lampedusa 17 barcazas, en las cuales viajaban 300 personas, es decir, 300 refugiados, la mayoría procedentes de Túnez, que han conseguido alcanzar las costas de Italia. A estos botes tan precarios los llaman *ghost boats*, barcos fantasma. Como las personas que navegan en ellos se encuentran ya en aguas territoriales, la Guardia Costera se limita a dejarlos acercarse a tierra y luego avisan a la Policía o a los servicios humanitarios. Por lo general, los rescatados no tratan de huir o de esconderse, porque Lampedusa es una isla tan pequeña que jamás lo conseguirían. Normalmente, son los pescadores o algún otro residente quienes avistan a los naufragos antes de que su precaria embarcación llegue a la playa o a los acantilados. Luego los conducen ante las autoridades y, seguidamente, los llevan al centro de acogida, donde se procede con la identificación y las huellas dactilares.

Solo nosotros seguimos aquí parados, cuando tenemos cuarenta refugiados que necesitan atención médica urgentemente. Hay personas con dolencias físicas que requieren cuidados inmediatos, como sucede con unos cuantos refugiados cuya enfermedad se ha agravado en el barco y a los que no podemos seguir tratando aquí porque tienen mucha

fiebre o dolores muy fuertes. Fueron justamente estos enfermos los que se llevó la Guardia Costera. La mayoría de los rescatados sufren de estrés postraumático. Hay otros que deberían ser tratados de inmediato, porque en los campos libios han sufrido lesiones, a raíz del violento trato recibido, que no se han curado todavía o porque tienen huesos fracturados que no se han soldado del todo. Para la Guardia Costera, estos enfermos no están en situación de emergencia. Y así es como una cuestión de Derecho Marítimo deriva en una absurda discusión sobre el estado de salud de los refugiados, que, como toda persona sana, tienen derecho a un puerto seguro.

En nuestra reunión de la mañana, Lorenz, el enfermero cualificado que atiende a nuestros rescatados en su calidad de coordinador de pasajeros, nos describe una vez más la apremiante situación en que estos se encuentran:

—El mayor peligro —dice— es que la gente decida actuar por su cuenta. Me da miedo que salten por la borda.

Lorenz es un hombre delgado y de cabello castaño, que tiene afeitado un lado de la cabeza. Lleva tanto tiempo como yo en estas operaciones y ha estudiado también Ciencias Medioambientales. Es un punto de unión entre nosotros, sin contar que ambos estamos aquí por la misma razón. Nadie se lanza a algo así por afán de aventuras o por algún motivo insustancial. Ningún miembro de la tripulación lo haría, y yo tampoco, desde luego, y mucho menos las personas que recogemos.

Porque todos estos refugiados huyen de la violencia. Vienen de Libia, de un país en guerra civil, y es ahí, en el último

tramo de su recorrido, donde la mayoría de ellos han tenido sus peores experiencias.

—Cuando me quedo con alguno de ellos y me empieza a hablar de las condiciones de aquellos campos, enseguida me dice: «¿Ves esta herida de la cabeza? Me la hicieron con un tubo de metal» —nos cuenta Lorenz—. Otro tiene quemaduras de cigarrillo por todo el cuerpo. Hay uno que se levanta la camiseta y me muestra una cicatriz. «Son descargas eléctricas», me dice. A estas personas no les importa mostrar sus heridas, porque para ellos son algo normal. Casi todos han sido torturados.

Lorenz quiere contribuir a que el mundo sea un lugar mejor, donde haya más libertad y menos discriminación. Es uno de los que ha participado en bastantes misiones de nuestra oenegé. Para ello ha tenido que renunciar a muchas cosas, sobre todo a llevar una vida ordenada. A nosotros nos repite incansablemente lo que todos pensamos: que las personas que han soportado semejantes experiencias son muy fuertes, y que, pese a ello, pueden seguir siendo amables. A fin de cuentas, aún están vivos después de todo lo que han pasado.

Según los informes médicos, buena parte de los rescatados sufren las consecuencias de la violencia y tormentos que les han infligido en los campos libios: fracturas de huesos no curadas, golpes de bayoneta y quemaduras provocadas por el vertido de plástico caliente sobre la piel, sin contar, obviamente, el estrés postraumático. En la cabeza tienen cicatrices bien visibles y en el alma llevan marcas invisibles de las palizas, las amenazas, la trata y la esclavización que han sufrido, del miedo a morir y, entre las mujeres, de las violacio-

nes y la prostitución forzosa a las que muchas veces se ven sometidas porque alguien las amenaza con hacerles algo a sus hijos o a sus familiares cercanos. Por si fuera poco, muchos están deshidratados debido a los mareos que sufren en el barco, cosa que agrava aún más su estado. Como consecuencia, experimentan trastornos del sueño, nerviosismo, ansiedad y falta de control en los impulsos.

—Todas estas lesiones encajan perfectamente con lo que sucede en los campos de acogida y en las rutas de escape —apunta Victoria, la doctora responsable de los informes médicos. Es una profesional especializada en anestesiología y medicina de urgencia que trabaja desde hace años en la unidad de cuidados intensivos de un hospital hamburgués. Es la primera vez que colabora en una operación de rescate y también la primera vez que pasa tanto tiempo separada de sus hijos—. Me irrita que el mundo sea tan injusto, así que tenía que hacer algo.

La Guardia Costera se llevó a diez refugiados cuya vida corría peligro, pero tuvo que volver en otras dos ocasiones porque se nos presentaron dos nuevas emergencias. Un hombre perdió la conciencia; otro sufría fuertes dolores abdominales y fue evacuado junto con su hermano, menor de edad. Cada vez que se llevaban a uno de los refugiados, todos los demás formaban una doble fila para que pasara el compañero: querían despedirse de él, aun cuando no estuviera consciente. A mí me conmovía que hubiera tanta cercanía, tanta conexión entre unas personas que no se conocían de nada y que se veían obligadas a convivir en un espacio muy reducido.